



La mujer, llamada a dar vida¹

Judith León Guevara, O.P.

A ejemplo de nuestros fundadores y fundadoras que aprendieron de María cómo encarnar la Palabra, las religiosas dominicas estamos llamadas a dar vida. La mujer es un espacio abierto a la vida. Dios, que es vida, ha hecho de esta potencia capaz de procrear y es que Dios sólo llama a la vida a lo que vale, a lo que trasciende, a lo que tiene vida sin término y Jesús, que nos revela el ser del Padre, nunca llama a lo que pasa, a lo que muere; fecunda y hace crecer a la persona con su ser aceptada, con su vida en la vida.

Es en el regazo de una madre, en sentido físico o espiritual, en donde se pronuncia por primera vez el dulce nombre de padre, refiriéndose a Dios. Aquí se abre el ser a la vida; aquí se forja el futuro de una persona; aquí empieza a florecer y esto supone que debe encontrar un bagaje de valores. Ser mujer supone capacidad para acoger la vida, alimentarla, protegerla, darla a luz. Es toda una misión, imagen de la solicitud de Dios por la persona.

Con nuestra vida hemos de alimentar a aquellos que en el plan de salvación se nos confían; somos una réplica de quien se ha hecho "El proyecto de vida". Es interesante hacer un alto en el camino de la misión y reflexionar sobre todo lo que implica ser mujer y mujer consagrada. ¿Cómo acogemos nuestro propio ser; cómo acogemos el ser del otro? ¿cómo acogemos la Palabra y nos dejamos acoger por ella? ¿vivo y propicio espacios para vivir?

Acoger la vida es darle a nuestra vida el estilo nuevo de Jesús en el amor, en la compasión, en la búsqueda de la verdad, y es cuando cobra todo su sentido nuestro ser de mujeres: llamadas a amar con el amor con que Dios nos ama en Jesús. Un amor como en la madre auténtica, sin medida, hasta la sangre. Es el amor de todas las horas y todos los días, con el amor con el cual Jesús vive en nosotros.

Ser tierra buena donde florezca el bien, donde se encuentre la vida, donde se nutran los valores. Donde haya una mano y un corazón femeninos se debe estar forjando el "*homo postmodernus*" y con él un mundo donde se vayan creando nuevas dimensiones que reflejen el ascenso de la persona a su único destino: la plenitud en Dios.

Juan Pablo II, refiriéndose a esta urgencia, al equilibrio del hombre, diseña este propósito, hablando de la búsqueda de una auténtica "Ecología humana" que recupere a la persona en sus dimensiones de originalidad, libertad y autodomínio, apertura y solidaridad, rescatando en todo ello su ser humano que significa ser trascendente, logrando la armonía, utilizando nuestras potencialidades, viviendo por el bien y la verdad.

Buscar nuestro origen es plantearnos radicalmente ¿para qué vivimos? ¿qué significa ser humano-mujer? Es sabernos parte activa de un proyecto; implica el derecho al "sentido de la vida". Es hora de levantar el vuelo. Es hora de que la palabra se haga carne y viva en la vida nuestra, ser mujer para gestar a los nuevos hijos de Dios, conforme a su proyecto eterno.

Es situarnos más allá de los acontecimientos y descubrir el signo de hoy para mí, ante un mundo de violencia y de muerte; ser vida, dar a luz la vida. Dar vida con la Vida que se va enseñoreando de la nuestra y nos comunica la gracia de ser sacramento vivo de Dios, si entramos en el plan de salvación.

Amor...

El que se acuna en mi ser cada mañana,
para ser prodigado en la misión.

El de mis sueños y mi búsqueda,
el de mi entrega diaria con todo el corazón.

El del dulce coloquio hecho poema,
que colma el sentimiento y la razón.

Amor total, universal,

el que se entrega en secreto y sin mirar a quién.
Un silencio, una palabra, mi actitud,
una sonrisa, la fatiga y el dolor.
Porque yo soy vida en Ti,
yo soy promesa.
¡Soy amor!

Desde la óptica eterna, donde encontramos el sentido existencial, hagamos autoconciencia para formularnos de nuevo las preguntas: ¿De dónde? ¿a dónde? ¿para qué? ¿por qué mujer? Experimentemos la presencia de este misterio último sobre nuestra vida, el "Aquí estoy" (Ex 3,14) que nos acoge de nuevo haciendo con nosotras, una vez más, la alianza de la creación, con su amor operativo manifestado en nuestras vidas: "He aquí que hago nuevas todas las cosas", mediante nuestro compromiso diario de dar vida, animadas por su amor, para un proceso creacionista permanente, en donde nos encontremos con el Dios de la eternidad, convertido en el Dios del tiempo y de la historia.

¿Puede haber algo más cercano a la descripción de Juan para dar vida que el ser mujer llamada a ser espacio habitable por el amor y la bondad para que surja la creación? (cf. Jn 7, 3-38).